

## Solemnidad de *Santa María, Madre de Dios*

1.º de enero de 2015

Queridos amigos:

Con la solemnidad de *Santa María, Madre de Dios*, se completan los ocho días dedicados a contemplar el misterio del nacimiento de Jesús, Hijo de Dios e Hijo del Hombre; y de la mano de la Virgen y bajo la mirada del Señor de la historia nos disponemos a transitar este Año Nuevo, con fe y esperanza.

La Navidad nos deja fundamentales enseñanzas de nuestra religión, pero de un modo singular se destaca la centralidad del misterio cristiano: Jesús, el Salvador del mundo, *el que debía ser semejante en todo a sus hermanos*, pasó de la familia divina a una familia humana, asumiendo un cuerpo semejante al nuestro, y en su discreto nacimiento en Belén, hace presente entre nosotros la paz de Dios, de tal modo que las profecías lo anunciaron como «Príncipe de la Paz» (*Is 9, 5*). La Virgen María está íntimamente unida a la vida y misión de su Hijo —lo acompañará desde Belén al Gólgota—, acaso porque de Ella el Verbo tomó la carne y criado como un hombre cualquiera lo *envolvió en pañales* (*Lc 2,7*). Así, el Redentor del género humano se hizo verdaderamente hombre en el seno de una familia santa, en el humilde hogar de Nazaret donde *Jesús iba creciendo en sabiduría, en estatura y en gracia, delante de Dios y de los hombres* (*Lc 2, 52*).

El Verbo eterno tomó el cuerpo de María y fue concebido en su seno como verdadero Dios y verdadero hombre, porque Ella es nuestra, es lo mejor de nuestra raza. Por eso se convirtió en «Madre del verdadero Dios por quien se vive»: así se presentó la Virgen de Guadalupe en su aparición al indio San Juan Diego. Al ser Madre del Príncipe de la Paz, fue coronada como Reina del don que le viene de su Hijo. Como Madre de la Iglesia que peregrina entre los hijos de la familia humana, promueve y es causa diligente de la paz que anhelamos entre hermanos.

En esta *Jornada mundial de oración por la paz*, en el primer día de un nuevo año, una vez más nos detenemos a meditar sobre el don de Dios, que nos devuelve la dignidad de hijos. Bajo la mirada de la Madre común, la paz se define como la concordia entre los que se reconocen como hermanos. Cuando superamos el egoísmo y las discordias propias de nuestra naturaleza, conseguimos la paz y nosotros mismos nos convertimos en pacíficos y pacificadores.

Los cristianos sabemos que *Cristo es nuestra paz*, como lo llama San Pablo, y quien vive en su amistad, obrando en consecuencia y conforme a la gracia recibida, prolonga en su vida la paz de Cristo. Las virtudes obran maravillas en aquel que vive en la armonía de la paz cristiana. Y como la familia humana vive de la fraternidad y los vínculos de la cordialidad, decimos que nadie puede llamarse hijo de un mismo Padre Dios si no es a través de la práctica perseverante de la paz. En consecuencia, superando el terreno de los conflictos, y al mirar a nuestros semejantes como a hermanos, el futuro se hace posible, y al

lograr la concordia de los hijos que están animados por el deseo de la paz, nos permite convivir en un mundo más humano y solidario.

En su reciente mensaje para esta Jornada de oración que tituló «No esclavos, sino hermanos», el Papa Francisco nos enseña que: «En la historia de los orígenes de la familia humana, el pecado de la separación de Dios, de la figura del padre y del hermano, se convierte en una expresión del rechazo de la comunión traduciéndose en la cultura de la esclavitud (cf. Gn 9,25-27), con las consecuencias que ello conlleva y que se perpetúan de generación en generación: rechazo del otro, maltrato de las personas, violación de la dignidad y los derechos fundamentales, la institucionalización de la desigualdad».

Como una radiografía de la violencia actual del mundo en que vivimos, el Papa Francisco nos muestra cómo el sometimiento del hombre por parte del hombre, hoy sigue siendo el gran desafío de la humanidad, la que muestra millones de rostros humanos –niños, hombres y mujeres–, privados de su libertad y obligados a vivir en condiciones similares a la esclavitud. Los nobles esfuerzos y firmes acuerdos de la comunidad internacional, no llegan a revertir este drama humano que padecen tantas personas a escala mundial.

El Santo Padre piensa:

- en los *trabajadores y trabajadoras, incluso menores, oprimidos* de manera formal o informal en todos los sectores, desde el trabajo doméstico al de la agricultura, de la industria manufacturera a la minería;

- en los *muchos emigrantes* que, en su dramático viaje, sufren el hambre, se ven privados de la libertad, despojados de sus bienes o a los que se abusa física y sexualmente;

- en los *emigrantes* que, una vez llegados a su destino después de un viaje durísimo y con miedo e inseguridad, son detenidos en condiciones a veces inhumanas;

- en *aquellos* [emigrantes] que, con el fin de permanecer dentro de la ley, aceptan vivir y trabajar en condiciones inadmisibles, es decir, en el «trabajo esclavo»;

- en las personas obligadas a ejercer la prostitución y en los esclavos y esclavas sexuales;

- en las mujeres vendidas con vistas al matrimonio o a las entregadas en sucesión a un familiar sin posibilidad de dar consentimiento libre.

El Pontífice reflexiona además en:

- los *niños y adultos* que son víctimas del *tráfico y comercialización para la extracción de órganos*, para ser *reclutados como soldados*, para la *mendicidad*, para actividades ilegales como la *producción o venta de drogas*, o para *formas encubiertas de adopción internacional*;

- los *cautivos* de grupos terroristas, sobre todo las niñas y mujeres, como esclavas sexuales. Muchos de ellos desaparecen, otros son vendidos varias veces, torturados, mutilados o asesinados.

Podríamos pensar que nuestra Argentina está lejos de estas aberraciones humanas. Pero debemos admitir que forman parte de nuestras miserias coti-

dianas, que si no las reconocemos también instaladas en nuestra casa común, la paz deseada no es posible. A las denunciadas por el Papa Francisco, en mayor o menor realidad, debemos agregar las formas de esclavitud que más nos duelen, por el sometimiento que padecen numerosos adolescentes y jóvenes argentinos. Me refiero a las adicciones que causan las drogas, el alcohol, el juego y las silenciosas –pero reales y crueles formas–, de la trata de menores, diseminadas en todo el país: una realidad que solo emerge y toma estado público cuando son víctimas fatales o son buscadas desesperadamente por sus padres y hermanos.

El Papa enseña que entre las causas que originan el deseo de someter al hermano como un objeto «es cuando el pecado corrompe el corazón humano, y lo aleja de su Creador y de sus semejantes, estos ya no se ven como seres de la misma dignidad, como hermanos y hermanas en la humanidad, sino como objetos. La persona humana, creada a imagen y semejanza de Dios, queda privada de la libertad, mercantilizada, reducida a ser propiedad de otro, con la fuerza, el engaño o la constricción física o psicológica; es tratada como un medio y no como un fin».

Decir estas cosas al comienzo del Año Nuevo, no parecen ser un buen augurio. Sin embargo, los que confesamos y deseamos vivir en la paz que es la madre del amor y la unidad entre hermanos, si no tomamos conciencia de lo que puede suceder sin ella, no estamos libres de pensar igual que aquellos que someten a su antojo a sus semejantes.

«Por desgracia, entre la primera creación que narra el libro del Génesis y el *nuevo nacimiento* en Cristo [...], se encuentra la realidad negativa del pecado, que muchas veces interrumpe la fraternidad creatural y deforma continuamente la belleza y nobleza del *ser hermanos y hermanas* de la misma familia humana». Contrariamente, el ascender por el camino de la paz entre hermanos, es la forma más sublime de adherirnos a la voluntad de Dios, e inicia en nosotros un círculo virtuoso que abre las puertas a la perfección de la santidad y nos permite vivir con dignidad nuestra condición de hermanos, hijos de una Madre común, bella, pacífica y llena de ternura.

Algo podemos hacer de la mano de María. «La globalización de la indiferencia, que ahora afecta a la vida de tantos hermanos y hermanas, nos pide que seamos artífices de una globalización de la solidaridad y de la fraternidad».

Al comenzar un nuevo tiempo de gracia, nos ponemos frente a los ojos de la Madre de Dios, en los que también se espejan todos los redimidos por su Hijo Jesús. En ese espacio de ternura, nos reconocemos como hermanos y nos reconocemos con vínculos más fuertes que los que da la sangre: la fraternidad de la gran familia humana.

✠Mario Aurelio Cardenal Poli